

años. Era una obra de patronato, protegida por la parroquia y que fué poco después agregada a la Aso-

## IX

La asociación de los aprendices. — La academia de la juventud. — Principios humillantes. — El arte de improvisar. — Consideraciones sobre la elocuencia. — Estudios de cosmogonía. — Primera obra manuscrita. — Fatiga, enfermedad. El doctor Fournié. — Hacia el Observatorio.

En la escuela de los hermanos de San Roque, rue de Argenteuil, había una excelente clase de dibujo, a la que yo asistía todos los jueves por la noche, a pesar de mis antiguas prevenciones langresas contra los hermanos *ignorantinos*. El profesor era muy competente, y daba gusto trabajar con él. La armonía del dibujo me parecía una especie de música, e hice en él progresos bastante rápidos. (Como recuerdo, reproduzco aquí uno de mis trabajos de adornos según un relieve, en el que se puede reconocer que la curva armoniosa era lo que más me impresionaba). En el mes de enero de 1858 se formó allí, con el concurso de los alumnos de dibujo sobre todo, una asociación de socorros mutuos, que se componía de unos veinte de aquellos, a los que se unieron unos treinta alumnos antiguos de la escuela de los hermanos que habían obtenido los mejores premios durante los últimos



Dibujo del autor, según un modelo en yeso.

ciación general de los aprendices de la Villa de París, presidida por el vizconde de Melún, antiguo representante del pueblo, que la había creado en 1851, y que

BIBLIOTECA ALFONSO  
 U. A. N. I.



contaba, me parece, una sección por barrio y por escuela.

Con bastante frecuencia, el domingo por la noche, después de la bendición con el Santísimo, el sabio cura Moigno venía a la clase a hacer una conferencia sobre la astronomía.

Si mal no recuerdo, dábamos una cotización de cincuenta céntimos por mes, en cambio de la que se recibía gratuitamente, en caso de enfermedad, la visita de un médico y los medicamentos.

Ahora pues, en el mes de enero de 1858, el grupo en formación de los cincuenta alumnos de la rue de Argenteuil se erigió simplemente en Academia (!), como antiguamente los fundadores de la Academia francesa, en casa de Conrart, « en el silencio prudente », celebrado por Boileau, y se tituló modestamente *Academia de la Juventud*. El programa era ocuparse de ciencias, literatura y dibujo.

Se instituyó una junta directiva y se nombró, por unanimidad, presidente a un joven de dieciséis años (o casi), bien conocido y que se llamaba Camilo Flammarion. Era, según creo, el más joven de aquel grupo organizador.

Todos los domingos había reunión en la sala de recreo de la escuela de los hermanos de la rue de Argenteuil. Cada tres meses, sesión trimestral general, a la que podían asistir los padres de los alumnos. La sala podía contener unas doscientas personas. El presidente estaba encargado de hacer un discurso.

Se trataba de encontrar una materia, y sobre todo para la primera sesión, organizada lo mejor posible. Como discurso de apertura de nuestra obra, escogí « Las maravillas de la naturaleza ».

Yo no había hablado jamás en público, pero estaba un poco preparado, porque durante las vacaciones antiguas, en Illoud, había reunido frecuentemente a los muchachos de mi edad, para enseñarles la música, hacerles cantar coros o mostrarles experiencias de física y, como recordarán mis lectores, hacía también, cuando tenía diez años, la lectura de la Cuaresma de Massillon a un grupo de buenas mujeres de Montigny. Pero aquel caso era muy diferente. Era preciso ilustrar las sesiones destinadas a los padres de los alumnos, a los que yo debía dirigirme, puesto que ellos eran los que componían mi auditorio.

Desconfiando de las incertidumbres del momento, de lo imprevisto y de las diversas dificultades de la improvisación, pero queriendo sin embargo demostrar que improvisaba, a la manera de los grandes oradores, escribía mis discursos y los aprendía de memoria.

Las primeras frases marchaban bien, y los primeros minutos eran magníficos. Pero he aquí que, de pronto, perdí el hilo y tuve que pararme sin poderlo encontrar... Sentí que la sangre me subía a la cara y que empezaban a zumbarme los oídos. Todas las miradas se fijaban en mí, esperando la continuación de una tan elocuente improvisación. Había allí señoras y señoritas para las que lo hubiera preferido todo antes de aparecer ridículo. Cuanto más se me miraba, menos podía recobrar la libertad de espíritu necesaria para la persecución de mi tema. Aunque había tomado la precaución de poner mi discurso en el bolsillo de mi levita, cerca de mi corazón palpitante, no me atrevía sacarlo, por temor a las sonrisas, y entonces hubiera sido peor. Y mientras que

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
 PALACIO DE LAS ARTES  
 U. A. N. I.



toda clase de pensamientos contradictorios luchaban en mi cerebro en ebullición, un silencio mortal reinaba en la sala, al mismo tiempo que algunas bocas embobadas se abrían como para acompañar a todos aquellos ojos que cruelmente no dejaban de fijarse en mí.

Al cabo de una eternidad, que seguramente había durado ocho segundos (si mis lectores quieren contarlos, encontrarán que, en tal situación, los momentos son extramadamente largos), tomé la resolución heroica de sacar mis papeles del bolsillo y leer mi « improvisación », y la sesión se terminó sin otro incidente. Pero suficientemente mortificado, juré no aprender jamás un discurso de memoria.

Más tarde tuve ocasión de oír admirables improvisaciones, que tenían el don de agitar las masas populares y llevarlas al más alto grado de entusiasmo, tales como los discursos de Gambetta; pero, al léerlos, después, en el silencio de mi habitación, advertía que había en ellas muchas palabras huecas, mucho viento salido de potentes pulmones, mucho ruido y que el aparato, el gesto, la fijeza de la mirada y los aplausos del partido habían contribuido en una buena mitad al éxito. (Acabo de leer la misma opinión en las *Derniers Mémoires des autres*, de Jules Simon, p. 248: « Una bella voz, amigos míos, es la mitad de la elocuencia ». El hechizo de la palabra es seguramente una seducción. Oía y leía las defensas de célebres abogados y en ellas observaba más de una vez que sabían defender todas las causas y sostener tanto lo falso como lo verdadero, lo cual eliminó de mi admiración la estima que me merecían al principio. La elocuencia oratoria no es frecuentemente sino un

ordre de viento. Notaba también no pocas veces que su lenguaje había sido modificado en la impresión, sea que los autores hubieran corregido por sí mismos, sobre las pruebas, expresiones incorrectas debidas a una improvisación demasiado precipitada, sea que los estenógrafos las hubieran comprendido mal. ¡No nos dejemos pues llevar demasiado por los llamados maestros de la palabra! Me parece que esta elocuencia de tribunos no es compatible con las enseñanzas precisas de la ciencia, y que la verdadera elocuencia es la que nos impresiona en la lectura de los grandes escritores. Para evitarme pues toda mala sorpresa en el porvenir, resolví escribir en adelante los discursos que tuviera que hacer y leerlos con la menos monotonía posible, o, por precaución, tenerlos siempre a la vista.

He conservado algunos programas de aquella asociación de jóvenes. Uno de ellos, el del 10 de diciembre de 1859, dice entre otras cosas :

Discurso sobre el trabajo. Necesidad del trabajo material y ventajas del trabajo intelectual por M. C. Flammarión, presidente de la Academia.

Los cristianos en el anfiteatro, poema por M. J. Chanterie.

Alocución por el vizconde de Melún.

« Le Neveu », comedia en tres actos.

Coros, por los orfeonistas.

Estas sesiones trimestrales eran verdaderas fiestas, muy estimadas por las familias. No hay duda que la vanidad representaba allí su papel; ¿pero dónde no se anida esta señora sobre todo a la edad anterior a los veinte años? En todo caso, estas reuniones nos alejaban notablemente de frecuentaciones peligrosas.

BIBLIOTECA ASTRONÓMICA  
U. A. N. E.



Por lo que a mí respecta, me gustaba el trabajo sobre todo, y el título del discurso que precede lo demuestra una vez más.

Entre los estudios que me absorbieron entonces, además de la preparación para el bachillerato, me había sentido inclinado apasionadamente por la historia natural, especialmente por la geología y mis queridos fósiles antiguos, y había consagrado todas mis horas disponibles de la noche a la lectura de Buffon, de Cuvier y de Flourens, escogiendo como asuntos para mis dibujos, en la escuela nocturna, los animales antediluvianos más conocidos, tales como el ictiosauro, el plesiosauro, el pterodáctilo, etc. Conocía bastante bien las colecciones del Museo de historia natural y ardía en deseos de darme cuenta exactamente de la sucesión de las épocas primitivas, del origen de la Tierra, del origen de la vida y del origen de la humanidad. A fuerza de leer, de estudiar y de comparar, me pareció que el mejor medio de instruirme exactamente era hacer una redacción, exponiendo el conjunto de los resultados adquiridos. Consagré a este trabajo parte del año 1857, é insensiblemente fui inducido a escribir, a componer en realidad, un grueso manuscrito de quinientas páginas, ilustrado con ciento cincuenta dibujos y que llevaba un título de una longitud bastante respetable :

**Antecedentium Diluvii, testiumque temporum  
explanatio.**

**COSMOGONIE UNIVERSELLE**

***Etude du monde primitif.***

HISTOIRE PHYSIQUE DU GLOBE

DEPUIS LES TEMPS LES PLUS REÇULÉS DE SA FORMATION  
JUSQU'AU RÈGNE DU GENRE HUMAIN.

Sobre este mismo título, sigue un largo epígrafe de Lucrecio. Hay también el sumario de los capítulos. Allí no falta nada, y la página está llena en demasía. Parece que los jóvenes no tienen jamás bastante.

Debo advertir que este grueso manuscrito es hasta doble : uno, el mío, todo manchado y lleno de enmiendas y raspaduras; el otro, mucho más elegante, de la mano de mi hermana, entonces de trece años, y que me ayudó en esta primera composición con un desvelo sin igual, desvelándose y economizando de sus escasos almuerzos para ayudarme a comprar libros. ¡Santa amistad de los primeros días de la vida! ¡En nuestros sentimientos no existe una virtud superior a ella!

Esta obra, muy transformada, llegó a ser más tarde *Le Monde avant l'apparition de l'homme*, publicada mucho tiempo después por mi hermano que, de once años entonces, ignoraba que había de llegar un día a ser librero, por consecuencia de los acontecimientos de mi propia carrera. Como se ve, la historia del primero de mis escritos está un poco ligada a la de mi familia.

Pero la astronomía me seducía más aún que la geología. Acababa de publicarse (1857) un pequeño pero encantador volumen con el título de *Lettres à Palmyre sur l'Astronomie*, por Carlos Liskenne, con una preciosa figura de Urania, en la portada, contemplando el cielo y dejando ver un poco — y aun más que un poco — sus bellos hombros. Lo leí ávidamente y viajé con el autor en la historia de la ciencia y en los espacios infinitos. Conservé sobre todo, en mi pensamiento admirativo, una cuarteta que expresa

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA  
D. A. N. L.



maravillosamente el divino espectáculo de la noche estrellada :

O Nuit, que ton langage est sublime pour moi,  
Lorsque, seul et pensif, aussi calme que toi,  
Contemplant les soleils dont la voûte est parée,  
J'erre et médite en paix sous ton ombre sacrée.

Estos cuatro versos son de Fontanes, cuya eufonía responde deliciosamente a la gloriosa calma de la noche estrellada. Antiguamente había yo cambiado una palabra, en el tercer verso: la palabra *voûte*, pues en el original dice *robe*. Esta era una expresión del gusto del estilo del Imperio, y me parecía más bien deplorable. La noche no tiene ropaje, y la personificación no es muy feliz. Pero estos cuatro versos han quedado siendo para mí como la expresión perfecta de la calma y profundo espectáculo de la noche estrellada.

Otra obra contribuyó igualmente a desarrollar mi gusto por la astronomía, cual fué el *Panorama des Mondes*, de Lecóuturier, publicada en 1858. El autor era el redactor jefe de un periódico semanal a diez céntimos, el *Musée des Sciences*, que aparecía todos los miércoles y que yo compraba puntualmente. Estaba lleno de nociones científicas útiles y lo devoraba con avidez. Aun hoy, es una excelente colección para consulta. Estas publicaciones populares prestan grandes servicios a la juventud y pueden crear vocaciones. Hoy, lo que se ve sobre todo en los escaparates son hojas pornográficas ilustradas.

Escogí desde luego la astronomía para materia principal de mis discursos en las asambleas trimestrales de nuestra Sociedad.

Esta pequeña « Academia de la Juventud » estaba, como dejo dicho, en la escuela de la rue Argenteuil.

Allí había una capilla y algunas salas de estudio que daban sobre un pequeño jardín solitario, con un saltador de agua, cuyo murmullo era calmante y delicioso en este barrio central de París. El cerro de los Molinos que ha sido literalmente aplanado por la apertura de la avenida de la Ópera, existía aún como en tiempos de Jean-Jacques Rousseau, que vivió allí, y de Corneille, que murió allí, en 1684, en la mayor pobreza, y fué enterrado en las bóvedas de la iglesia de San Roque, tan miserablemente, que no se han podido encontrar jamás sus restos. (En cambio, se puede ver allí, admirablemente instalada, la tumba del cínico cardenal Dubois). En 1857-58, estas callejuelas no habían cambiado y el barrio estaba excesivamente aislado.

Entre mis recuerdos de aquella época está el famoso atentado de la Ópera, entonces rue Le Peletier, ante cuyo edificio, el 14 de enero de 1858, a las 9 de la noche, tres bombas arrojadas al paso del carruaje imperial, a su llegada, hicieron diez muertos y ciento cincuenta heridos, sin conseguir su objeto, que era suprimir al emperador. Yo estaba allí, a dos pasos de mi casa, en el boulevard, en la esquina de la rue Le Peletier. La explosión fué terrible, y todo el mundo creyó que el emperador y la emperatriz habían sido víctimas del atentado. Tres italianos, Orsini, Gómez y Rudio, querían castigar a Napoleón III por no haber cumplido su promesa de hacer la unidad de Italia. Los dos primeros fueron guillotinado. El joven Rudio fué indultado por intercesión de la emperatriz, y enviado a Cayena, de donde se evadió. Marchó a fijar su residencia en América, donde murió hace poco (1910). Crispi, que

BIBLIOTECA ALEJANDRINA  
RUE DE LA HARPE  
PARIS



llegó más tarde a ser primer ministro del reino de Italia, una vez constituido, estaba entonces en París, y parece que no fué extraño al atentado. La guerra de Italia de 1859 no tardó en ser preparada por miras más diplomáticas y menos bárbaras.

En el mes de mayo de 1858, la fatiga del trabajo intelectual añadida al trabajo físico del taller, a las privaciones, y quizás a cierta fiebre de crecimiento, me hicieron caer en cama. Un domingo, durante la misa, en la capilla de los hermanos, caí de inanición y estuvieron obligados a llevarme en un coche a mi casa. La Asociación de los aprendices era, como he dicho anteriormente, una sociedad de socorros mutuos, cuyo médico para la sección de San Roque, era el doctor Eduardo Fournié, bien conocido por sus estudios sobre el laringoscopio. Al venir a visitarme, observó los libros que me rodeaban y puso la mano sobre el manuscrito de mi obra de Cosmogonía, que examinó con gran extrañeza de su parte, y casi incredulidad. Algún tiempo después, llegó un día con la cara radiante y me dijo: « Amigo mío, su puesto no es el del taller, usted ha hecho sus estudios en Langres y seguramente está usted apto para el bachillerato; he hablado por usted al hermano Clarus, director de la escuela del barrio de San Eustaquio, que está en relaciones frecuentes con el hermano Juan L'Aumônier, director de la escuela de la rue de Fleurus, en el barrio del Observatorio, el cual conoce a su vez a M. Le Verrier, y usted va a entrar en el Observatorio de París, como alumno astrónomo. »

Yo no daba crédito a mis oídos; le apreté las manos con efusión, salté de alegría en mi cama, y quise levantarme. « ¡Vamos, vamos! dijo el amable doc-

tor; no tan ligero; la cosa no es para hoy, sino para cuando esté usted curado. — Pero si yo no estoy ya enfermo, repuse. — ¡Cómo! ¿que no está usted enfermo? Tiente pues su pulso, y sentirá su fiebre; tiene usted 130 pulsaciones. Le ordeno pues que permanezca aún en cama tres días. Al fin de la semana, yo mismo le conduciré en casa del hermano Clarus. Es uno de nuestros mejores matemáticos, con el cura Moigno.

« ¿Quiere usted que le refiera una historia? añadió. Mi amigo el doctor Foissac es el que acaba de publicarla en su libro, y la he leído hace algunos días. Se trata de un médico y del naturalista Linneo, entonces de la edad de usted. Hijo de un pobre pastor protestante, Linneo había sido colocado en aprendizaje en casa de un zapatero.

« En esta miserable condición, un médico adivinó el genio del futuro naturalista y le facilitó los medios de desarrollarlo por el estudio. El joven Linneo llegó a ser discípulo de Boerhaave, y voló en seguida con sus propias alas. ¿Por qué no haría usted lo que él hizo? *Labor improbus omnia vincit.* »

Estábamos entonces a principios de junio. Tuve que ir a visitar al hermano Clarus y al hermano Juan L'Aumônier, convocado por ellos. El jueves 24 de junio, anunciado por los buenos cuidados de mis protectores, era recibido, a las diez de la mañana, por M. Le Verrier, en su gabinete del Observatorio de París. Me había ataviado lo mejor posible, la raya bien hecha, a pesar de mis cabellos desgreñados, camisa perfectamente blanca, traje negro, sombrero de copa alta, guantes y bastón de junco. Mi madre era la que se había cuidado especialmente de este tocado de aparato.

BIBLIOTECA ALFONSO X  
 U. A. N. I.